SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE LA CARNE (1).

PARA EL SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA
DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die.
Yo sé que resucitará en la resurreccion en el último dia.
S. Juan, c. 11. *v.* 24.

Así responde á Jesucristo Marta, hermana de Lázaro difunto, que yacia ya en el sepulcro, en ocasion que el Salvador venia á resucitarle, para manifestar su divinidad y confundir la incredulidad de los judíos. Y de las mismas palabras no dudo yo valerme en este dia, para radicaros mas y mas en un artículo de nuestro Símbolo, que por mas que lo impugnen los impíos y libertinos, se deberá siempre mirar como una de las verdades fundamentales de nuestra Religion : hablo de la resurreccion de los muertos, este grande objeto de la esperanza y de la fe de los cristianos, como san Agustin se explica, este apoyo de la caridad y del amor de Dios, que nos hace continuamente desear el principio de una feliz inmortalidad, que no conocemos aún sino con imperfeccion, como dice el mismo Padre.

La materia, señores, es de sumo interes, y aún necesaria en estos dias lúgubres, en que muchos jóvenes incautos, conducidos por fuerza á reinos extraños, se han dejado seducir de las

(1) Véase el discurso de Maccarthy sobre este mismo asunto, que precede en la pág. 116.

capciosas máximas de los impíos, con vergonzosa desercion de la Religion de sus padres. Á estos pues digo con san Agustin, si quitáis la resurreccion, aniquiláis el cristianismo, porque negar este principio, es segregarse del número de los creyentes, que apoyados en las Escrituras, en la tradicion y en la razon, han confesado siempre el dogma de la resurreccion de los muertos. Yo no haré mas que tirar algunos breves rasgos sobre estos tres principios, para manifestaros este artículo de nuestro Símbolo, y poneros á cubierto de las vanas cavilaciones de los incrédulos. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. *Ave María.*

Nada está mas expreso en las santas Escrituras que la resurreccion de los muertos, para que se presenten á juicio. El mas antiguo, segun algunos, de todos los Libros canónicos, es decir, el de Job, testifica expresamente este dogma. *Yo sé*, dice, *que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser revestido de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos han de contemplar, y no otro; esta es mi esperanza, que guardo en mi pecho* (1).

Queriendo el profeta Ezequiel confirmar á los judíos cautivos en Babilonia en la verdad de este dogma, y anunciarles el fin de su cautividad, les manifestó aquella prodigiosa multitud de huesos áridos que cubrian el campo, los cuales reanimados por Dios á la voz del profeta, se reunieron, tomaron carne y nervios, se pusieron en pié, y formaron un grande ejército (2).

Tan convencidos estaban de esta verdad los judíos, á excepcion de la secta de los saduceos, precursores en esta parte de los impíos de nuestro siglo, que preguntaron al Salvador los fariseos, ¿á qué marido perteneceria despues de resucitar, una mujer que se habia casado siete veces? La respuesta del Señor, al paso que confunde esta capciosa pregunta, los confirma en la fe de la resurreccion. « Vosotros erráis, les dice, porque no entendéis las Escrituras, ni conocéis el poder de Dios. Despues de la resurreccion, ni las mujeres tendrán maridos, ni los maridos mujeres : todos serán como los ángeles en el cielo. » (3)

(1) *Job, c.* 19. *v.* 25. 26 *et* 27. (2) *Ezech. c.* 37. (3) *Matth. c.* 22.

« No os admiréis, dice el mismo Jesucristo al pueblo de los judíos, no os admiréis, porque vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hubieren hecho buenas obras, saldrán de los sepulcros para resucitar á la vida, como los que las hubieren hecho malas saldrán para resucitar á su condenacion (1). La voluntad de mi Padre que me envió, es que todo el que vea al Hijo, y crea en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. » (2)

San Pablo descubre asimismo este dogma con un raciocinio capaz de convencer al mas protervo. Habla con algunos fieles de Corinto, que preocupados aún con las falsas ideas de la filosofía pagana, tenian dificultad en creer la resurreccion universal. El Apóstol los instruye de un modo capaz de disipar todas sus dudas. « Si es incontestable, les dice, que Jesucristo, Hijo de Dios, y jefe de los electos, ha resucitado, ¿cómo algunos de vosotros osan afirmar que no resucitarán sus miembros, despues de las promesas que les ha hecho? Si no hay resurreccion que esperar, todo el evangelio que habéis recibido, no es mas que un tejido de imposturas y absurdos; nuestra predicacion es inútil, vana vuestra fe, los apóstoles serian falsarios, que han testificado mentiras, y asegurado como cierto lo que Dios no ha hecho: ya no se debe contar con la virtud de los cristianos, ni con la remision de los pecados; los que murieron en los tormentos por Jesucristo, nada deben ya esperar; finalmente los fieles que esperan una otra vida y las recompensas sobre la divina palabra, serán los mas insensatos é infelices de todos los hombres. » (3)

¿Con qué expresiones mas enérgicas podia testificar san Pablo la resurreccion de los muertos? Pero aún no se contenta: quiere de paso refutar la principal objecion de los corintios, inculcada en estos últimos siglos por algunos incrédulos. ¿Cómo puede ser, dice en nombre de ellos, que muertos reducidos á polvo, cuya materia ha pasado por tantas formas y revoluciones, puedan volver á tomar su cuerpo como estaba?

Insensatos llama el Apóstol á los que así discurren. Hombres sin reflexion, les dice (4), el grano que sembráis, ¿no muere

(1) *Joann. c.* 5. *v.* 28 *et* 29. (2) *Joann. c.* 6. *v.* 39.
(3) I. *Cor. c.* 15. *v.* 12 *ad* 19. (4) *Ibid. v.* 36 *et seqq.*

ántes de producir su semejante, y no obstante lo veis renacer á su tiempo? Si la naturaleza resucita todos los dias de las semillas muertas ó destruídas, ¿por qué no queréis que su Autor resucite á los hombres muertos, á pesar de la corrupcion que han experimentado? Tambien vemos que el producto de la semilla es mas perfecto que ella, porque de ella nacen las plantas, árboles, frutos ó flores. No es pues de admirar que de un cuerpo muerto saque Dios uno otro con cualidades superiores á las que en su primitivo ser tenia; ni que de un cuerpo material haga un cuerpo glorioso. Acerca de lo cual no es ménos auténtico el testimonio de la tradicion que el de las Escrituras.

Una prueba nada equívoca de la fe del pueblo judaico en esta parte nos proveen las palabras de mi tema. Apénas Marta oyó decir á Jesucristo que resucitaria su hermano Lázaro, sin pensar hablase de su resurreccion en aquella hora, recurrió al principio de la resurreccion universal, protestando sabia bien que resucitaria en el dia novísimo; y esta creencia era tan general entre los judíos, que miraban como herejes á los saduceos, que no creían la resurreccion de los muertos. Pero qué mucho? ¿No fué esta la tradicion constante de la ley natural, que el santo Job nos testifica? Por lo que hace á la Iglesia cristiana, siempre ha creído este misterio. Seria muy prolijo insertar aquí todos los testimonios de los Padres depositarios de esta tradicion. Baste por ahora saber que Tertuliano, hablando de la resurreccion de los muertos, la llama esperanza de los cristianos, basa en cierto modo y fundamento de nuestra Religion. Baste saber con san Agustin, que ella es el grande objeto de la esperanza y de la fe cristiana, el apoyo de la caridad, el feliz principio de la inmortalidad, sin cuya fe no puede subsistir el cristiano.

Rehusáis, añade este Padre, rehusáis creer la resurreccion de Jesucristo, gaje de la vuestra, y sus consecuencias en la vida futura, porque no habéis visto á nadie que haya resucitado. Insensatos! el Soberano del universo ha resucitado. El cielo, la tierra, los infiernos, los ángeles os dirán que Jesucristo resucitó, y que sobre su palabra resucitaremos tambien nosotros, á recibir el premio ó castigo que nuestras obras hubieren merecido, conforme al oráculo de nuestro Salvador.

Añadíd á los testimonios irrefragables de la Escritura y de la tradicion el grave peso de las razones que persuaden este dog-

ma. La sentencia que Dios pronunciará sobre el hombre, no puede ser justa, dice Tertuliano, sino en cuanto comprenda las dos sustancias que componen su persona, para que sea juzgado todo entero. Él en efecto debe serlo segun ha vivido; es decir, que sobre su vida y sus costumbres debe recaer la sentencia que decidirá de su suerte eterna. ¿Ha sido por ventura simplemente el alma la que ha obrado? ¿No han tenido parte en las acciones del hombre el alma y el cuerpo? Luego es necesario que el cuerpo reciba, como el alma, el castigo ó las recompensas que le son debidas; para lo cual es indispensable la resurreccion de todo el hombre. Argumento irrefragable, y que jamas podrán debilitar los enemigos de nuestra Religion con todas sus objeciones.

Ellas por lo comun se reducen á incertidumbres sobre el modo de la resurreccion y sobre las cualidades de los cuerpos resucitados. Insensatos! el que los sacó de la nada, el que formó esta infinita multitud de objetos admirables é incomprensibles al hombre, ¿no sabrá unir las partes dispersas de los cuerpos, restableciéndolas en su primer figura, sin que sea necesario comprendáis el modo con que hará esto? Porque no comprendéis en qué consiste el flujo y reflujo del mar, la virtud del iman, la cuadratura del círculo, con otros muchos objetos que caen bajo vuestros sentidos, ¿osaréis por esto negarlos? ¿Ó será límite de la omnipotencia del Criador vuestra propia ignorancia? ¿Quién de vosotros ha sido consejero del Señor para la sábia disposicion de sus obras? ¿ó quién ha osado acercarse á ser curioso investigador de la Majestad, sin ser oprimido de su gloria?

Bástanos saber y creer lo que las Escrituras acerca de esto nos enseñan con las expresiones mas enérgicas; esto es, que en el último dia se oirá la voz del Hijo del hombre por ministerio de un arcángel, que tocará una trompeta; es decir, segun los Padres é intérpretes, que hará resonar el aire desde un extremo á otro de la tierra de un modo terrible y mas espantoso, como dice un sabio, que el que se dejó oir sobre el monte Sinaí, cuando descendió el Señor á dar su ley á Moises. Dada esta señal universal, aparecerá el Hijo del hombre con gran majestad sobre una nube; los muertos saldrán al instante de sus sepulcros: unos resucitarán en su estado natural; otros en un estado glorioso. Asegurados estos de su triunfo por los méritos

del Salvador, exclamarán: *ó muerte! dónde está tu victoria? ó muerte! dónde está tu aguijon?* Confundidos aquellos con el testimonio de su propia conciencia, dirán con un lamento inconsolable: *todo lo hemos perdido; caéd, montes, sobre nosotros.* Jesucristo en este momento (estremecéos, señores!) Jesucristo hará la separacion de los electos y de los réprobos. «Veníd, dirá á los primeros, veníd, benditos de mi Padre, poseéd el reino que os está preparado desde la constitucion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; pues siempre que hicisteis esta caridad á los pobres, que son hermanos vuestros, la usasteis conmigo mismo.» (1)

Y volviéndose despues á los réprobos, que estarán á su siniestra, fulminará contra ellos estas terribles palabras: «Apartáos de mí, malditos, id á las llamas eternas, preparadas al demonio y á sus ángeles, porque habiéndome visto en necesidad en persona de mis pequeñuelos, no me disteis socorro alguno.» (2) De resultas de esta formidable sentencia, y sin apelacion, unos irán al fuego eterno, cubiertos de oprobio y de ignominia; otros entrarán en la posesion de una vida soberanamente feliz, para gozar de Dios por una eternidad. Tales serán los frutos de la resurreccion universal, frutos de consuelo y de gloria para los predestinados, pero funestos y orígen de un grito eterno para los réprobos; frutos finalmente que hemos de recoger nosotros mismos, sin distincion de personas, y á proporcion de nuestras obras.

Momento terrible, señores! ¡espectáculo el mas pavoroso de todos los siglos, que hemos de ver en esta misma carne, que hemos de tocar con nuestros propios sentidos, siendo nosotros mismos representantes de esta augusta tragedia, en que ha de terminar el mundo, para que entremos todos en una eternidad, respectivamente feliz ó infeliz, segun el mérito de nuestras buenas ó malas obras.

Por esta causa nos manda Jesucristo en su Evangelio, que oremos y velemos incesantemente, porque no sabemos el dia ni la hora en que ha de venir nuestro soberano Juez. Así como un hombre, dice, que despidiéndose para viajar, dejó su casa,

(1) *Matth. c.* 25. *v.* 34. 35. 36 *et* 40. (2) *Ibid. v.* 41 *et seqq.*

y encargó á cada uno de sus siervos todo lo que debia hacer, ordenando al portero que velase; velád vosotros, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si de sobre tarde, ó á media noche, ó al canto del gallo, ó en la mañana; no sea que cuando venga de repente, le halle durmiendo. Lo que á vosotros digo, habla con sus discípulos, á todos lo digo; velád, porque de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre (1).

Para infundirnos pues un temor santo y convertir á todos los mortales al camino de la salud, les ha anunciado la caridad de Jesucristo de un modo tan terrible los espantosos preliminares de la resurreccion y juício universal; la ilusion, por ejemplo, de los falsos profetas, sostenidos del Antecristo, que se derramarán por todas partes, y harán prodigios tan engañosos como su doctrina infernal, para seducir á los hombres, aún á los electos, si posible fuera; las guerras civiles y crueles, que llevarán consigo la desolacion de todo el mundo; las hambres, las pestes, los grandes terremotos, que acompañarán este primer castigo, y que solo serán principio de los verdaderos dolores; la persecucion que suscitará el Antecristo; las enemistades, los odios que reinarán por todas partes, hasta en el seno de la Iglesia; los escándalos, las caídas, los desórdenes públicos; la fe, la caridad, la paz que casi desaparecerán del mundo; la abominacion de la desolacion, que profanará los lugares santos; el sol que no arrojará sino una luz triste y opaca; la luna que perderá la suya; los astros que caerán del firmamento con estruendo, y estas virtudes del cielo que se estremecerán, turbándose su curso en las cercanías del trastorno universal; ¿qué otra cosa significan sino que la última tribulacion, como dice un Padre de la Iglesia, debe ser precedida de otras muchas, á fin de despertar nuestro letargo, y de excitar en tiempo nuestros ánimos, para huir de la ira futura y tener parte en la resurreccion primera, si la queremos tener en la segunda y última? Es decir, segun el espíritu del Evangelio, que creyendo firmemente como un artículo de nuestra fe, que en el dia de la resurreccion universal de la carne hemos de ser juzgados por Jesucristo, y destinados á una gloria perpetua ó á un suplicio eterno, ordenemos en tiempo nuestra vida, observando

(1) *Marc. c.* 13. *v.* 32.

los mandamientos de Dios y de su Iglesia, para que nuestra muerte sea preciosa en su divina presencia, y podamos tener parte en esta resurreccion, de cuyo destino depende el de la eterna.

Este es, señores, el idioma de la Religion en órden á la resurreccion de la carne, artículo fundamental de nuestra Fe, apoyado en las Escrituras, confirmado por la constante tradicion de la Iglesia, y sostenido por la razon misma.

Resta que vosotros todos aspiréis desde este momento á la resurreccion de los justos, para recibir en cuerpo y alma, en aquella hora, la plenitud de la bienaventuranza celestial, que consiste en ver á Dios como es en sí, y gozarle eternamente. Mas para esto es indispensable, segun el Evangelio, conocer al Señor en esta vida, observar sus preceptos, y amarle hasta la muerte con todo nuestro corazon y nuestra alma. Así será nuestra herencia, nos resucitará gloriosos, y reinaremos con Jesucristo por los siglos de los siglos. Amen.